CAQUEXIA

****

Mi más sincero agradecimiento a Ania por todo, y a Maja por su ayuda.

CAQUEXIA

Krystian Nowak

Editorial WYSZUKANE

Cualquier parecido de los personajes de este libro con personas que vivan fuera de sus páginas, incluido el narrador, probablemente no es más que una coincidencia.

En cuanto a los hechos, la mayoría de ellos nunca tuvieron lugar, pero no puedo decir cuáles.

01

Me asomo a las ventanas de mi apartamento para contemplar la puesta de sol. Desde ellas se ven cuatro enormes bloques de pisos. Son grandes, parecen armarios.

Cada uno de esos bloques alberga ciento setenta y cinco apartamentos. En cada uno de esos apartamentos viven, como mínimo, un promedio de tres personas.

Multipliquemos ciento setenta y cinco por tres, y luego por cuatro. Dos mil cien personas, y cada una de ellas morirá en algún momento.

Las matemáticas son inexorables.

Tal vez algunos mueran incluso en momentos no demasiado distantes entre sí.

Cada año se producen aproximadamente trescientas ochenta mil muertes en el país.

Si los últimos seres humanos vivieran en los bloques de pisos que se ven desde mis ventanas, deberíamos dar por supuesto que nuestra especie acabaría extinguiéndose en apenas dos días.

El último genocidio. Increíble, ¿verdad?

****

No importa cómo me llamo. Sólo quiero que alguien me escuche.

Y habéis tenido la mala suerte de que os haya tocado a vosotros.

¡Paf!

****

Ya sabéis algo sobre mí. Me interesan dos cosas: las matemáticas y la muerte. Pero empecemos por el principio.

Nací hace varias décadas, un dieciocho de octubre, en un pequeño pueblo cuyo nombre no significa nada para nadie. Así que no es necesario manchar con ello memoria alguna.

Mi madre murió cuando yo tenía tres años. En aquel entonces, en el certificado de defunción anotaron: “Causa de la muerte desconocida”. Ahora ya no importa, así que mejor dejar las cosas como están.

Se podría decir que nunca conocí a mi madre. Pero eso sí, llegué a conocer a mi padre, aunque esto no ha sido más que una pobre compensación. De todos modos, tampoco llegué a conocerlo muy bien. No tan bien como uno suele conocer a los padres. Al menos eso fue lo que oí decir.

****

Cuando mi madre murió, mi padre prácticamente me abandonó. No sé por qué digo “prácticamente”, porque simplemente desapareció de mi vida en cuanto yo vine al mundo.

Durante mucho tiempo no hizo acto de presencia más que en historias familiares. Por cierto, la palabra “historias” es demasiado amplia. “Menciones” sería más adecuada. Sin embargo, a pesar de que quiero ser lo más honesto posible, no quiero ser grosero. ¿Para qué?

Hace relativamente poco que él ha entrado de lleno en mi vida. Por lo visto, antes no se dio esa oportunidad. O la alineación de las estrellas no fue la adecuada. No lo sé.

Supongo que estoy tratando de justificarlo ante mí mismo. En ocasiones, sucede que la gente hace cosas así. Y con eso no hace daño a nadie.

****

Al parecer, cualquier historia de amor, independientemente de qué tipo de amor que sea, es una historia de resentimiento.

No estoy seguro de que lo sean todas y cada una de ellas, pero la mayoría seguro que sí. Al menos, sí lo son las que yo he escuchado. No nos engañemos, esta no es diferente.

Lo siento mucho, pero esta historia trata precisamente de amor.

¡Qué mala suerte habéis tenido!

¡Paf!

****

El resentimiento es una emoción que invariablemente se convierte en dolor.

La gente se embriaga con el dolor, porque el dolor surge de los sentimientos, a menos que no sea un tipo de sentimiento. La primera droga que conocimos fueron los sentimientos. Y todavía siguen siendo la droga más popular.

El dolor es único entre todos los sentimientos. Me diréis que cada sentimiento, en cierto modo, es único, y por supuesto tendréis razón. Pero tener razón no siempre es la esencia de las cosas. Aunque a vosotros os parezca lo contrario. Lo siento.

O puede que no.

Al menos en algunas latitudes geográficas, el dolor es un determinante del valor. A menudo, éste es el primer dato que recibimos, y en ocasiones es el único.

El sufrimiento es un criterio extremadamente preciso, y se manifiesta en una escala de pérdidas. Sufrimos exactamente tanto como algo ha valido la pena. Es pura matemática.

Algunas personas piensan incluso que, si no sufrimos por algo, ese algo no ha valido la pena.

Partiendo del presupuesto de que la interpretación anterior sea correcta, entonces, esas personas tienen razón. Por supuesto.

Dejad que os cuente un secreto.

Realmente nadie lo sabe.

02

Me crie con mi abuela paterna. No es una exageración decir que, de no haber sido por ella, yo habría acabado en un orfanato. Así que le debo mucho. Y puedo decir lo mismo de muy pocas personas. En especial de quienes forman parte de mi familia.

****

El marido de mi abuela, mi abuelo, fue declarado oficialmente desaparecido durante la guerra. Sigue desaparecido hasta hoy en día. Y ya es poco probable que aparezca.

Mi abuela decía no saber nada sobre mis abuelos maternos. Así pues, yo tampoco sé nada de ellos. Quizás sea mejor así.

En cuanto a mi familia lejana, tengo una tía. También tengo un tío, su marido, así como algunos parientes con los que solemos reunirnos en diversas ocasiones. Nada interesante, excepto un primo, concretamente el hijo de la hija de la hermana de mi abuela, con el que pasé prácticamente todas las vacaciones y festivos hasta cierta edad.

****

He llevado una vida –como suele decirse– normal. Tal y como debe llevarse una vida, según mi abuela, es decir, una vida decente.

Al menos hasta cierto punto.

Hace tiempo que vivo en una gran ciudad; en realidad, una metrópolis. Incluso, una capital.

Trabajo en una gran empresa, la sucursal nacional de un banco de inversión internacional. Encontré este trabajo justo después de licenciarme. Sucedió en aquella época en que se formaba a las personas para tareas que más tarde les serían encomendadas. Se invertía tiempo y dinero. También se las remuneraba decentemente, a veces bien. Con el paso del tiempo, se les empezó a pagar aún mejor, hasta incluso excelentemente, y en principio así sigue siendo hasta ahora.

Llevo una vida tranquila en muchos sentidos. Esa tranquilidad, lamentablemente, se paga con largos periodos de nervios y angustias que no se deben únicamente a mi vida profesional, ya insatisfactoria desde hace algún tiempo.

Y eso es realmente lo que quiero contaros.

****

Cuando era niño, solía tener pesadillas. Nada fuera de lo común. No recuerdo ninguna de ellas. En cambio, recuerdo que me despertaba en medio de la noche empapado en sudor,

llorando por mi madre o mi padre, que no podían oírme. La abuela sí me oía. Me acariciaba siempre durante mucho tiempo hasta que yo me dormía, repitiendo como un mantra: “Todo está bien, todo está bien, no corres peligro alguno. La abuela te quiere. Mamá te quiere. Papá te quiere. Todo el mundo te quiere. Todo está bien, todo está bien. No corres peligro alguno. Todo el mundo te quiere”. Y así hasta el infinito.

Aquello funcionaba. Porque finalmente siempre me quedaba dormido.

Jamás en mi vida he vuelto a oír semejantes tonterías.

****

Él asumía el papel de primo consolador durante las vacaciones. Cuando éramos niños, solíamos juntar las camas y dormíamos juntos. Era más cómodo de aquel modo: podíamos hablar hasta altas horas de la noche sin despertar a la abuela, que se ponía nerviosa si no nos dormíamos a la voz de mando y a la hora en que ella consideraba que los niños de nuestra edad debían dormir.

Mi primo era un año mayor que yo. Me infundía la misma admiración que un niño de seis años puede infundir en otro de cinco.

A su lado, me sentía tonto. Era natural. Pero algo que no resultaba nada normal era que a su lado me sentía seguro.

****

En la Universidad me fue bien, para decirlo modestamente. Si no fuera modesto, y me mostrara más cercano a la verdad, diría que me fue extraordinariamente bien.

Nos convencemos tan a menudo de lo que deberíamos hacer, que nos olvidamos por completo de lo que nos gustaría hacer.

Con el tiempo –suele pasar– ambas se vuelven una sola cosa. Pero es muy raro que sean realmente idénticas en su origen.

Suele decirse que los años transcurridos en la Universidad son los más felices de la vida. Es cierto. Especialmente si se tiene en cuenta que es el único periodo realmente feliz de la vida. Todavía no tienes que hacer nada porque lo que tienes que hacer no va del todo en serio. Vas conociendo a gente nueva y fascinante, te alejas de los antiguos amigos que después del instituto se han dispersado en varias direcciones. Te parece que el mundo se abre ante ti porque has empezado tu vida adulta, aunque ni lo es ni lo será durante algún tiempo.

La vida adulta viene a ser el trabajo. Algo constante, no interrumpido por la diversión, ni por amistades nuevas y emocionantes, ni por pensamientos, teorías o planes.

Una fatiga que no se puede abandonar.

Es un lento hundimiento en uno mismo que avanza día a día, un ir cortando una amistad tras otra, incluidas las verdaderas, las que requieren atención, cuidados, interés, cuando no hay tiempo para ninguna de estas cosas, porque hay cosas más importantes, o al menos eso creemos.

A medida que pasa el tiempo, uno no sale de su hoyo, de su guarida, de su hueco, porque eso requiere demasiado esfuerzo. Además, es cómodo, no tienes que cansarte guardando las apariencias, ni ocultando los fracasos. Ni dando a pretender que todo es exactamente como lo hemos planeado, aunque difícilmente podríamos llamar "plan" a varias suposiciones sueltas hechas en nuestros años de juventud.

Todo aquello hizo yo no soportara pensar en las siguientes veinticuatro horas durante muchos años.

Sin embargo, el mañana siempre acaba por llegar y es tan difícil de retener como el pasado mañana.

Los días pasan uno tras otro, y en cada uno de ellos nos preguntamos cuánto tiempo aún nos queda.

No obstante, mientras duraban los estudios, uno no sabía todo esto. Cuando vas a la Universidad, todavía sabes muy poco. Al finalizar los estudios, las cosas no son mucho mejores.

La Universidad –como toda etapa educativa– tiene previstas obligaciones concretas y planes específicos para los jóvenes que ingresan en ella y para el tiempo que van a pasar en ella. Todo ello no suele coincidir con lo que los jóvenes hacen con el tiempo que pasan en la universidad. Después de todo, por algo son jóvenes.

****

El primer día en el campus tomé la firme decisión de que yo no iba a ser como los demás. Que me tomaría en serio todo lo que me aguardara allí. De veras, de veras, muy en serio.

Algunos adultos se reían de mí cuando se lo contaba.

Pero yo quería que fuera un tiempo bien invertido. Que fueran años dedicados al aprendizaje.

Muy a menudo, cuando te dedicas a algo que no es el trabajo, cuando haces algo con lo que no pretendes ganar dinero, la gente lo equipara al desperdicio del más valioso de los recursos: el tiempo. Al menos, así era antes.

No sé cómo es ahora, ya no le presto ni el más mínimo interés.

Pero cuando yo estaba en la Universidad, deseaba que el aprendizaje fuera mi prioridad, no la guarnición difícil de digerir del plato principal, o sea, la juerga interminable, tal como la concebían tanto mis viejos como mis nuevos amigos. Sin embargo, incluso entonces, yo intentaba no juzgar sus decisiones como malas o peores que las mías. Sus decisiones eran sus decisiones, no las mías. Simplemente eso. El asunto estaba zanjado para mí, aunque no era capaz de evitar cierta sensación de superioridad que se evidenciaba de vez en cuando. Podía ocurrir que esto acabara provocando algún conflicto. Probablemente hubo más de los que

recuerdo. Y quizás yo fuera de trato mucho más difícil de lo que incluso ahora estaría dispuesto a admitir.

****

Todo ello no influyó demasiado positivamente en mi vida social, pero a mí me gusta pensar en ello como si hubiera sido una decisión propia y bien deliberada. Aunque tan sólo fuera una simple astilla de otra decisión completamente diferente.

Pero no os quepa duda alguna: cada decisión, incluso la más errónea, me iba acercando paso a paso a lo que no podía prever en aquel momento. Y todas las ocasiones en que me sentí rechazado –aunque no merecieran ser recordadas– todas las burlas de personas que yo valoraba por cualquier motivo, todas las puñaladas de envidia por no haber sido invitado a una fiesta, todo aquello no era sino un paso más en el camino hacia un lugar cuya existencia yo entonces desconocía.

****

Cuando empecé la universidad, todavía era virgen. Y aunque esto iba a cambiar en breve –visto ahora en retrospectiva–, tampoco podría haberlo sabido en aquel instante, a pesar de que ya tuve una corazonada desesperadamente reprimida.

Imaginad, por tanto, mi mezcla de horror y emoción al entrar el primer día de clase en el edificio de la Universidad.

Aquello era como una colmena, aunque yo tenía la impresión de que había cientos de reinas en lugar de una sola reina e innumerables obreras. Y me pasó totalmente desapercibida la presencia de otros hombres que, por derecho, debía haber allí en igual número. Al fin y al cabo, yo no los necesitaba en absoluto.

Todos los colores, formas y olores posibles se derramaban ante mis ojos en una avalancha interminable de cuerpos, cabellos y tejidos de diversos tonos y tipos. Recuerdo que me quedé aturdido. ¿Cómo podía no estarlo?

****

Estudiar Economía fue una decisión totalmente consciente y autónoma, aunque no careció de la aparente aprobación de mi abuela, la única persona cuya aprobación seguía necesitando en aquel momento.

Ni siquiera percibí cuándo llegó a pasar exactamente, pero el estado de las cosas fue cambiando con el tiempo. Aun siendo del todo innecesario.

Tanto en conversaciones con personas más cercanas a mí como con otras que me eran casi desconocidas, y que sin duda alguna fueron las más numerosas, me gustaba bromear y decir que la decisión de haber elegido mi especialidad había sido fruto de un fatal error. Que yo quería estudiar Ecología; pero que, al publicarse las listas de admitidos, vi que había habido una confusión y que era mejor dejarlo como estaba.

Toda persona está dispuesta a hacer cualquier cosa para que brillen los ojos ajenos. Incluso a hacer el ridículo.

Hasta hoy en día no sé si existe la especialidad de Ecología.

03

¿Qué posibilidad existe de que se produzca un accidente entre dos coches de una misma marca? Pongamos por caso, dos Suzuki.

Es algo bastante fácil de calcular.

En primer lugar, necesitamos saber cuántos coches de esta marca circulan por nuestras carreteras.

En un año de ventas récord, esa compañía japonesa vendió algo más de mil vehículos nuevos.

Este mismo tipo de datos no son públicos cuando se trata de coches usados e importados del extranjero, así que sólo nos basaremos en lo que podamos comprobar, dado que la magnitud del error es imprevisible.

Así debe actuar no sólo un matemático responsable, sino todo ser humano en general.

****

Al contrario de lo que algunos creen, no nacemos para morir. Nacemos para vivir. Aunque sea brevemente.

La vida, en cambio, significa cometer errores. En ocasiones, no son numerosos; pero, como demuestran las inexorables leyes de la estadística, por lo general, son muchos.

Yo también he llegado a cometer errores, al igual que muchas personas antes que yo. Y lo que es peor, probablemente fueron incluso los mismos que otros ya habían cometido.

El hombre no es un ser colectivo en absoluto y únicamente puede aprender de sus propios errores. Y ni siquiera siempre es así.

****

Por tanto, contemos sólo los coches nuevos, que han sido comprados en nuestro país y que siguen circulando. El tiempo promedio que un polaco utiliza un coche es de más de dieciséis años, pero redondeémoslo a diecisiete.

La empresa familiar de Hamamatsu, en la prefectura de Shizuoka, a orillas del Océano Pacífico, abrió su sucursal polaca en 1992. Ese mismo año se iniciaron las ventas.

Puesto que el pasado año, cuando se vendieron más de mil coches, fue un año récord, debemos suponer que nunca se habían vendido tantos coches. Esto es lo que nos exige la lógica. A falta de datos y a efectos de nuestra ecuación, debemos hacer ciertas suposiciones, quizá un tanto exageradas. A esto se le llama vulgarmente especular e incluso está prohibido en algunos sistemas morales y legislativos. El capitalismo, tal y como yo lo entiendo, no es uno de esos sistemas.

****

Hace ya mucho tiempo que nos conocimos.

Cuando subí al tranvía aquel día, nada hacía presagiar que iba a ocurrir algo que, sin duda alguna, influiría en el curso de mi vida.

El encuentro con un amigo de la Universidad –a pesar de que yo no tuviera muy claro entonces dónde ni cómo lo había conocido, ni por qué seguíamos saludándonos y hablándonos como si nos conociéramos desde hacía mucho tiempo y mucho mejor de lo que nos conocíamos en realidad– pronto resultó ser significativo, aunque no fuera nada inusual.

Tras cruzar las típicas cortesías y quedarme yo embobado un buen rato, me presentó a la amiga que estaba de pie junto a él, con el brazo extendido para agarrarse al asidero por encima de su cabeza, a la vez que se esforzaba por no perder el equilibrio en el vagón que nos iba sacudiendo a todos.

****

Si suponemos una previsión de crecimiento optimista para la mayoría de las empresas de un sector de la economía, como lo es la automotriz, que es de un diez por ciento anual, podemos calcular fácilmente que Suzuki vendió sesenta y tantos coches en los primeros doce meses de su actividad a las orillas del Vístula. Al año siguiente, ya vendió setenta y tantos, al siguiente más de ochenta, y así sucesivamente.... Así es cómo sabemos (o al menos suponemos que sabemos) que, a lo largo de veintisiete años, Suzuki ha llegado a vender algo así como trece mil coches en Polonia. No viene al caso que esto sea mucho o poco, pues es una cuestión de perspectiva, y a nosotros esto no nos interesa.

Las estadísticas dicen que hay veintidós millones de coches matriculados en Polonia. Pero eso son sólo estadísticas. La diferencia entre la economía y las matemáticas es que la segunda crea estadísticas y la primera cree en ellas.

El número de coches matriculados es una cifra “de papel”. Figura en los documentos, y eso es lo que se comunica oficialmente porque hay que proporcionar algo, pero eso no significa que en la realidad sea así.

Un coche matriculado sigue estándolo hasta que se da de baja. Con el primero lo hace todo el mundo porque lo exige la ley, y su dedo castiga duramente el incumplimiento de la obligación. Esto último también lo exige la ley, pero no siempre es posible ejecutarla. Por lo tanto, el cumplimiento del deber sigue siendo una cuestión que depende de la buena voluntad de la gente. Y todos sabemos lo que pasa.

Eso es relevante para nuestra ecuación porque, al fin y al cabo, un coche matriculado no es necesariamente un coche en funcionamiento.

En aras de la simplicidad, hagamos otra suposición completamente no autorizada pero necesaria. Supongamos que hay no menos de quince millones de coches en funcionamiento, es decir, de coches circulando por las carreteras polacas.

Prácticamente, esto es un coche por cada persona que, por una cuestión de edad, puede tener derecho a conducirlo. Es un montón, pero nos resultará más fácil de esta manera.

****

Perdonad la naturaleza poética de estas palabras, pero sus caderas eran insondables y sus pechos abundantes. Como una diosa que debía ser de hecho, puesto que legiones de hombres y mujeres solían acudir a ella para confiarle sus penas y alegrías, hacerle diversos regalos e intentar granjearse su simpatía. Muchos, contemplando su imagen en la pantalla, le rezaban a su manera. Una gran masa soñaba con reunir valor para dar aquel primer paso que les abriría el camino hacia la felicidad. Otros soñaban con ella sin saber su nombre ni nada de ella. Un completo absurdo.

Gente seria con trajes confeccionados a medida durante reuniones importantes y en salas acristaladas solían hacerse una pregunta, a su juicio la más importante, y que conducía a todo aquel teatro consistente en escuchar lo que tenían que decir el resto de asistentes de aquellas reuniones, fingiendo interés e incluso haciendo preguntas irrelevantes sólo para dar una impresión adecuada. Un mundo de convenciones incomprensible para muchos. Sin embargo, en aquellas situaciones, siempre acababa planteándose una cuestión sacramental: ¿Es escalable? ¿Tiene escalabilidad?

Lo sé porque he participado muchas veces en este tipo de eventos. Es parte de mi trabajo. No hay nada que deforme tanto la perspectiva como trabajar en una corporación.

Y algunos creen que esto les enseña a vivir.

Es realmente divertido.

****

Ya tenemos dos cifras. El número de coches Suzuki en Polonia y el número total de coches que circulan por las carreteras. Eso ya es mucho. Pero no tenemos el tercer número, el más importante.

Es decir, el número de accidentes mortales de tráfico.

Naturalmente, esta cifra es diferente cada año. Y también cada año es más alta. Por supuesto, las estadísticas varían de una provincia a otra, de un mes a otro, de una temporada a otra y de un día a otro.

Sin embargo, el promedio anual de siniestros mortales es de dos mil cuatrocientos dieciocho.

En estos accidentes suelen morir dos mil ochocientas dos personas.

Esto significa que un promedio de cuatro personas muere al día como consecuencia de incidentes inesperados en la carretera en nuestro país.

Uno podría verse tentado a decir –y lo haré, porque sé algo al respecto– que, en la historia del mundo, consistente en continuos genocidios ejecutados de un modo u otro, quizás nunca (desde una perspectiva a largo plazo), a pesar de toda la premeditación posible, se han logrado resultados tan espectaculares como en el caso de los eventos no planificados.

En otras palabras, y para simplificar un poco las cosas, los accidentes automovilísticos han matado a mucha más gente que, por ejemplo, los campos de concentración.

Impresionante, ¿no?

Pero volvamos a nuestra ecuación.

Por muy mal que suene, sólo los últimos accidentes –o más exactamente su número de víctimas– es relevante para nosotros. El resto, desde la perspectiva de nuestra ecuación, siguen siendo irrelevantes.

Quizá no sea ésta la única perspectiva.

Sin embargo, este no es el momento ni el lugar para pensar en ello.

****

¿Es escalable? ¿Tiene escalabilidad? Las personas serias con trajes confeccionados a medida se hacen esta pregunta no precisamente porque estén absolutamente convencidos de que poseen conocimientos sobre el funcionamiento del mundo. De hecho, he oído esta pregunta mucho más a menudo de lo que me hubiera gustado, no sólo en relación con temas estrictamente laborales, sino también relacionados con asuntos sobre los que no deberían hacerse semejantes preguntas. Y es que yo mismo llegué a hacérmelas.

Sin embargo, en aquel momento yo no lo sabía ni pensaba en esas cosas, porque hablaba con ella por primera vez, en un tranvía totalmente común y corriente de la línea seis, con la absoluta certeza de que todo el vagón nos escuchaba en silencio lleno de envidia.

Durante el resto de aquel día, no dejé de repetir en mi mente las tres letras que formaban su nombre, probablemente por miedo a olvidarlas.

****

Contamos con todos los datos necesarios, lo cual significa que hemos completado la parte teórica.

Es hora de pasar a la parte práctica, que, como suele ocurrir, sólo requiere una fracción del tiempo que hemos dedicado a la teoría.

Esto es bueno porque los resultados son raramente satisfactorios si sucede lo contrario, tal como se desprende no sólo de mi experiencia.

Por lo tanto, necesitamos una ecuación, y una vez que la hayamos realizado, con una buena dosis de concentración, obtendremos un resultado. La respuesta a la inquietante pregunta.

Sin duda, no será un número elevado. A la luz de este dato, semejante acontecimiento parece –como suele decirse– improbable. El resultado de la ecuación –y, por lo tanto, todo el esfuerzo invertido para llevarla a término– puede parecer desproporcionado con respecto al conocimiento que obtengamos de ella. Entonces, si las probabilidades son tan bajas, ¿por qué complicarse la vida? Porque podemos hacerlo.

Dado que es posible calcular la probabilidad de un posible acontecimiento, entonces cuando –o si– sucede, podemos decir con confianza: ¡Al fin y al cabo, tenía que pasar antes o después! O bien: ¡Es increíble que haya pasado esto!

Porque, de todos modos, estas cosas pasan.

La econometría de la muerte es un tema interesante. Se podría decir que es una especie de afición que tengo.

¿Sabíais, por ejemplo, que el coche, como herramienta, ha matado probablemente a más personas que la ametralladora?

Por supuesto, uno no puede estar seguro del todo, y jamás conoceremos el inaudito número de muertes.

Pero dejemos eso por ahora. Al parecer, hay cosas mucho más interesantes.

Pensadlo: ¿qué posibilidades hay de que se conozcan dos personas que quieran pasar el resto de su vida juntas? Además, si sucediera ¿acabarían teniendo éxito?

¿Cómo se puede cuantificar eso?

****

Si hubiera sabido que nos íbamos a casar en unos meses, probablemente me habría muerto de felicidad.

****

No hay mentira más repugnante que la frase “Lo que no te mata, te fortalece”, que se repite una y otra vez, aunque ya es excesivo hacerlo una sola vez.

No se ha inventado un principio más embustero, aunque lo verdaderamente aterrador es que se lo han creído millones de personas en todo el mundo.

La autoría de estas palabras se atribuye a Friedrich Nietzsche, pero me cuesta mucho creer que un hombre tan inteligente como él dijera algo tan infinitamente estúpido.

Sin embargo, la mayoría de las personas que toman este aforismo literalmente creen que su literalidad es precisamente lo que quiso transmitir el filósofo alemán. Para mí, es evidente que se equivocan. Por cierto, éste es un problema fundamental de los filósofos: se malinterpretan en demasiadas ocasiones. Esta es su innegable desventaja frente a los matemáticos.

****

La vida se compone de hechos que fortalecen, eso está claro. Pero es innegable que acontecen con mayor intensidad los hechos que aplastan y quiebran a una persona. Lo creáis o no, mucha gente no suele levantar cabeza tras esos hechos. Se convierten en cáscaras vacías. Son simples compilaciones de músculos, cartílagos y huesos, privadas de alegría y de ganas de seguir tirando.

En ocasiones, sólo por un tiempo; en otras, para siempre. Porque el dolor de lo que han perdido es demasiado grande.

Nadie tiene derecho a decirte cómo debes vivir tu dolor. Ni tampoco puede pretender que posee la única regla de oro sobre cómo afrontar el dolor o cómo superarlo. Si alguien afirma eso, está mintiendo. No existe un método único para hacer frente a cualquier cosa que te suceda, y mucho menos para lo que le ocurre a otra persona.

****

Si hubiera adivinado que un año después estaríamos solicitando el divorcio, probablemente no me habría calentado tanto la cabeza.

04

Cualquiera que haya amado no lo ha hecho una única vez. Pero tuvo que empezar de alguna forma.

La lógica dicta que, puesto que algo como el amor empieza y finaliza, tiene que acabar surgiendo el dolor. En la mayoría de los casos, aparece incluso antes; y raras veces después. Y por lo general, no sólo una vez.

Así que empecemos por el principio.

****

Su nombre era Marta y fue mi primer amor. Como suele suceder con el primer amor, fue un amor no correspondido. Nos conocimos cuando aún estábamos en el instituto y nuestra relación no fue más allá del instituto.

Y no me refiero sólo a que no mantuviéramos contacto una vez acabada la escuela secundaria, sino a que jamás lo mantuvimos fuera de ella.

En realidad, ni siquiera en la propia escuela.

****

Lo mío fue un flechazo bastante típico por la alumna guapa y destacada que, sin embargo, no era la típica *prom queen* de las películas americanas sobre adolescentes, pues se respetaba mucho a sí misma y valoraba su estatus social lo suficiente como para no rebajarse a interactuar con el pusilánime de la clase.

Pasé tantas horas mirándola que soy capaz hasta hoy en día de recrear mentalmente con precisión su rostro sin que se me escape una sola peca.

Vivía enfrente de mi casa, en un piso con ventanas orientadas al oeste. Las mías estaban orientadas al este. Pasé innumerables tardes en el alféizar de la ventana, observando la luz de su habitación con binoculares, y luego con un telescopio, con la simple esperanza de vislumbrarla un instante. Yo solía mentir a mi abuela diciendo que miraba el cielo, aunque la astronomía nunca había sido una de mis aficiones. Al menos no una de verdad. En cambio, sí fue una de mis muchas aficiones inventadas con la que intentaba justificar mis más extraños comportamientos.

Las mentiras a mi abuela se debieron más a mi inseguridad que a ser consciente de que lo que hacía estaba mal.

En aquella época, nadie había oído hablar aún de algo como el acoso, y yo no tenía la sensación de estar haciendo nada malo. ¿Quién la tiene a esa edad? Más bien, lo que me guiaba era la vergüenza de tener que compartir con un ser querido un sentimiento que yo mismo no fui capaz de admitir durante mucho tiempo.

****

Un atardecer de verano, estaba yo sentado en un columpio del patio leyendo un libro, cuando vi que Marta salía de su edificio. Ella no se había fijado en mí, así que tuve el impulso de seguirla y ver adónde iba a una hora tan tardía. No sabía nada de su vida fuera de la escuela.

Era fin de semana y no tenía nada mejor que hacer, así que me levanté y empecé a seguirle los pasos.

Al cabo de unos quince minutos, muy estresantes por si me descubría, llegamos al colegio de una urbanización vecina. Marta entró. Yo no me atreví a cruzar el umbral de una escuela que no era la mía. Sin embargo, empecé a merodear a su alrededor. Sólo había luz en una sala. Me aposté bajo la ventana y esperé. Pasaron unos instantes y oí una voz; sin duda, la suya. Estaba cantando. Sus cuerdas vocales paseaban de un modo excelente por la escala musical. Un staccato perfecto, aunque en aquel momento yo no tenía ni idea de lo que era un staccato. A esto se sumaba un tono ronco apenas audible, más propio del rock que del canto clásico.

Lo que escuché me dejó atónito. Aquello era ya demasiado para mí. Ella era demasiado deslumbrante, demasiado maravillosa, demasiado perfecta.

Ese fue el momento en que me desenamoré de Marta de una vez por todas.

Sentí un terrible resentimiento por ella.

****

Tan sólo muchos años después, mientras escuchaba por casualidad una melodía en la radio, comprendí que aquel día Marta me había obsequiado, sin saberlo, con un fragmento de *Tosca* de Puccini. O quizás esta asociación tan sólo fue una compleja proyección de mi mente.

También me recordó que la perfección no me interesaba. Al menos no en otras personas. Al menos no en las mujeres.

Entonces, ¿por qué me casé con Ewa?

****

He mencionado una serie de aficiones que, en realidad, no solían ser verdaderas en absoluto, pero que proporcionaban la excusa perfecta para mis extravagancias.

La gente tiene la costumbre de juzgar a las personas por su comportamiento, es natural. Pero las aficiones parecen ser la llave maestra que mueve cierto engranaje en sus cabezas y que hace que la culpa de una determinada excentricidad no recaiga en la persona sino en la propia

y desafortunada afición. “Es sólo un pasatiempo” suelen justificarse ante los amigos –aunque sólo ante aquellos que les agradan– cuando a alguien le entran dudas sobre su salud mental.

Las personas tradicionales, por lo general, sólo consideran aceptable cierta dosis de informalidad.

Así que algunos de mis pasatiempos eran inventados. Eran pasatiempos extraños. Pero la gente creía en ellos porque yo tenía otros pasatiempos reales que eran tan raros como los inventados.

Empecé a buscar pasatiempos nuevos y extraños en la última etapa de la infancia, pero no tengo ni idea de si alguien lo vio como algo raro entonces. La mayoría del tiempo yo vivía religiosamente convencido de que todo el mundo hacía lo mismo, así que no era para mí nada del otro mundo. Sin embargo, a medida que se lo contaba a más gente, más claro me quedaba a mí que el término “todo el mundo” se refería probablemente a mí y a mis dos, tal vez tres, amigos, con los que ya hace tiempo perdí contacto y de quienes no tengo ni idea de lo que fue de ellos.

El afán de coleccionar está fuertemente arraigado a la naturaleza humana. Los instintos que están fuertemente arraigados en nosotros tienden a manifestarse cuando no somos conscientes de ellos y, sobre todo, cuando no los controlamos. Uno es consecuencia de lo otro. La infancia es un período así para todos nosotros.

Todo el mundo colecciona algo.

Yo solía coleccionar chapas de cerveza.

Comenzó durante una de las muchas vacaciones que pasé en la playa con mi abuela y mi primo, siempre en el mismo centro veraniego.

Todo esto sucedió en una época en la que nadie reciclaba la basura. A nadie le importaba tampoco dónde la tiraban, así que la tiraban donde mejor cayera, normalmente a sus pies. La gente, en su supuesta sabiduría colectiva, todavía no relacionaba el problema de la contaminación con la posibilidad de matar el planeta en el que vive. La gran mayoría tampoco lo hace hoy en día. La diferencia es que entonces podían excusarse por su ignorancia, mientras que hoy se excusan por su propia irreflexión. Como si eso pudiera ser una excusa para algo.

Eran buenos tiempos para los coleccionistas de chapas.

Al finalizar mis primeras vacaciones, ya tenía una caja entera. Al finalizar las siguientes, tuve que poner mi colección en una gran bolsa de basura negra. Naturalmente, también las identificaba y las clasificaba. Algunas de ellas pronto encontraron su nuevo hogar en los contenedores de basura. Acababan allí las piezas que no cumplían mis exigentes estándares de coleccionista y conocedor, así como los ejemplares que ya eran demasiado numerosos para mi colección; aunque si alguien me hubiera preguntado entonces cuántas chapas de cerveza Bosman eran “demasiadas” y cuántas eran “las justas” no podría haberles dado una respuesta satisfactoria.

Ese pasatiempo me mantuvo ocupado exactamente hasta que dejó de hacerlo.

Un día, al volver de la escuela, vi que la bolsa de chapas había desaparecido. Cuando le pregunté a mi abuela qué había pasado con ella, me dijo que ya no podía soportar el hedor de

la cerveza que embargaba todo el piso. La había tirado a la basura. “Le recordaba demasiado a mi abuelo”. Yo intenté justificar la brutal acción de mi querida abuela, aunque no podía llegar a saber si mi abuelo se había llenado la boca de cerveza alguna vez.

Con las cosas que nos importan, también suele ocurrir que, una vez que desaparecen de nuestras vidas, nos olvidamos inmediatamente de ellas.

Así fue aquella vez.

Al día siguiente, ya me había convertido en el feliz propietario de una exitosa granja de caracoles.

****

¿Cuál es mi actual pasatiempo?

Oh, algo absolutamente insignificante.

El genocidio.

****

La gente priva de su vida a otras personas de múltiples e incontables maneras. Sin embargo, esto sólo se vuelve verdaderamente fascinante cuando se somete a escala. El ingenio humano es realmente ilimitado. Sin embargo, la vieja ignorancia otorga en ocasiones mejores resultados.

Podría sacrificar el resto de mi vida a reducir y nivelar mi propia huella de carbono, pues es algo realmente adictivo. Como cualquier actividad que nos proporcione la ilusión de ser agentes de verdaderas acciones.

Ello se debe a que tanto estas actividades como otras similares producen un verdadero impacto en la realidad, aunque éste es tan exiguo que su valor no pasa de ser un espejismo, el que deseamos creer para tranquilizar nuestra propia conciencia.

Por supuesto, ningún matemático estaría de acuerdo conmigo. Pero la opinión de los matemáticos en verdad nunca le ha importado nada a nadie. Ya sabéis por dónde voy.

****

Sin embargo, el tiempo con que contamos –si es que es posible reclamar la propiedad del tiempo– puede consumirse en algo que resulte ser igual de absurdo desde la perspectiva de otras personas. Como el hecho de buscar a alguien con quien nos gustaría pasar el resto de nuestra vida.

Por supuesto, un asunto de tamaña importancia también se puede dejar en manos del azar. Hay muchos más ejemplos de los que podríamos llegar a imaginar que demuestran que las personas salen mejor paradas al aplicar este último método que cuando toman las riendas del asunto, algo a lo que siempre animan terceras personas.

Como es bien sabido, la gente rara vez desea el bien ajeno.

****

Por cierto, si se abordara el tema adecuadamente, la reducción de la propia huella de carbono podría ser un pasatiempo muy atractivo.

Mi imaginación hace que vea columnas de colores en Excel, enriquecidas con sofisticadas fórmulas que me ayudan a entender mi propio impacto en la vida y la muerte de otras personas.

Puedo ver cómo, día tras día, celda tras celda, tabla tras tabla, columna tras columna, apunto meticulosamente cuánto he envenenado el mundo hoy.

O bien, cuánto CO2 menos podría haber emitido si hubiera puesto más empeño en ello. O si hubiera puesto suficiente dinero en ello.

Me lo imagino. Sé cómo terminaría.

Primer día. Me olvidé la bolsa de la compra y tuve que comprar una de plástico, aunque del tipo biodegradable.

Metí las verduras en bolsas de plástico normales, en tres piezas. No sé por qué, probablemente por costumbre.

Alguien podría contraer cáncer por eso.

Por otra parte, fui al súper con mi coche diésel en lugar de coger el autobús o, incluso mejor, el tranvía.

Y alguien podría tener un enfisema pulmonar.

Mi propio y pequeño genocidio no forzado, originado nada más que por el conformismo.

****

Y que nadie me diga que sería mejor tratar ciertas cosas sólo teóricamente.

****

Creo sinceramente que todos acabaremos muriendo en intervalos relativamente cercanos.

Esto es simplemente lo que nos exigen tanto las matemáticas como la historia.

Pero al contrario de la última, creo que eso no ocurrirá en absoluto como resultado de un desenfreno bestial de algún grupo específico dirigido a otro grupo más o menos específico. Al menos, no en el sentido del concepto de la atrocidad que se considera común.

Por otro lado, ¿cómo definir el prolongado y lento envenenamiento de cientos de millones en nombre de los intereses económicos de un conjunto muy reducido de personas?

¡Pero si no sale a cuenta!

****

Corregidme si me equivoco, pero probablemente merece la pena vivir esos breves momentos que haya entre matanzas más o menos sangrientas de grupos de personas más o menos grandes con alguien que nos importe a nosotros y a quien le importemos.

O quizás yo sea tonto.

05

Al igual que mi padre, lo cual creo que no es una coincidencia, no soy un tipo excesivamente familiar. Para mí, mucho más importante que los lazos de sangre son las experiencias o los recuerdos relacionados directamente con personas concretas, que en el caso de mis familiares suelen manifestarse –como las nueces– en trazas. Ni los supuestos abstractos, tales como los lazos de sangre, ni las normas establecidas por personas a las que ni siquiera he conocido, tienen importancia para mí, aunque no niego que las intenciones que pudiera haber detrás de ellas fueran probablemente buenas ni que los motivos de las personas que los establecieron en los momentos en que concretaron sus conceptos fueran correctos. La idea en sí no es mala en absoluto, y en principio es lógica.

En consecuencia, yo siempre he sentido cierta aversión por todos los encuentros familiares, reuniones o espectáculos semejantes a los que, por una u otra razón, por lo general me he sentido obligado a asistir. En consecuencia, yo siempre he sentido cierta aversión por todos los encuentros familiares, reuniones o espectáculos semejantes a los que, por una u otra razón, por lo general me he sentido obligado a asistir, o a los que me obligaban a asistir de manera directa y contundente sin aceptar protesta alguna por mi parte.

Una vez tuve una tía que se llamaba Kalina. Una mujer muy simpática, pero era una terrible cotorra. Una vez oí decir que todas las Kalinas son así, pero no recuerdo a quién se lo oí ni si el que hizo aquel comentario era digno de confianza.

El marido de la tía Kalina, mi tío, era judío y, además, profesor de historia. Una combinación inusualmente cruel.

Mi tío, como si no tuviera suficiente con la angustia de la profesión que él mismo había elegido, se deleitaba con su condición de judío. Y amaba los libros, lo cual derivaba de los dos hechos anteriores o tal vez de algo completamente distinto. Tanto que ni siquiera tenía ordenador. Así, al menos, lo explicaba él, aunque yo no era capaz de descubrir conexión alguna que vinculara ambas cosas. Por extensión, la tía Kalina tampoco tenía ordenador, porque tenía un marido que era mi tío: un historiador judío adicto a los libros y, lo que es peor, a leerlos.

Recuerdo que una vez mi tía le estuvo gimoteando a mi abuela que ya no soportaba a su marido. Que no sólo tenía que salir a los cibercafés para usar Internet –que, por cierto, cada vez eran más difíciles de encontrar–, sino que no tenía dónde comer y a veces ni siquiera dónde dormir, porque había libros amontonados por todas partes. Que probablemente tendrían que comprar un nuevo piso porque en el actual no había sitio para guardarlo todo, y el viejo preferiría echar a mi tía de casa antes que tirar ni un solo libro.

En ocasiones, sí regalaba alguno de sus volúmenes a una biblioteca cercana, pero aquello solía ocurrir cuando el tío se daba cuenta de que tenía el ejemplar duplicado y el destino le permitía realizar aquel gesto de favor hacia la biblioteca y su esposa. ¡Mazel tov!

Otra ocasión para deshacerse de papeles innecesarios de la casa era cuando los libros históricos recopilados por el tío se volvían obsoletos o no atinaban en algo, es decir, cuando resultaba, por ejemplo, que los hechos descritos en ellos nunca sucedieron o sucedieron en otro momento o en otro lugar, o su desarrollo era ligeramente diferente. O que las personas de las que hablaban nunca habían experimentado lo que estaba escrito en ellas. O lo que es peor, fueron experimentados por personas completamente diferentes.

Para el tío, por razones de ética profesional, aquella era una situación inaceptable. Al principio, se producía en muy pocas ocasiones. Sin embargo, con el tiempo empezó a ocurrir con demasiada frecuencia.

Yo conocía por supuesto al marido de mi tía, es decir mi tío. Era un hombre encantador, más bueno que el pan, pero nuestras relaciones nunca fueron especialmente estrechas porque nunca tuvimos la oportunidad de compartir momentos importantes.

Por lo tanto, mis relaciones con mi tío se limitaban en gran medida a lo que captaba poniendo la oreja cuando mi abuela y mi tía hablaban por teléfono, y a no mucho más.

Y por supuesto, a aquellas frases breves y sin sentido que intercambiaba con él en eventos significativos a las que me veía obligado a asistir de forma más o menos directa.

Uno de aquellos eventos fue una muerte.

****

Un día de verano me tocó aparecer en el funeral de mi primo, con quien no había mantenido contacto durante mucho tiempo, porque no había necesidad expresa ni ganas de hacerlo.

En aquel momento tampoco había ya posibilidad alguna. Quizás fuera mejor así: no habría dolor alguno.

A pesar de que solíamos pasar juntos los días jugando, sobre todo en vacaciones. Sin embargo, entonces sólo éramos unos niños. En realidad, éramos otras personas. Si yo hubiera vuelto a tener nueve u once años, o si él hubiera sido quien era cuando tenía siete o diez años, probablemente yo habría seguido queriendo pasar las vacaciones con él, aunque entonces nadie me había dado opción alguna.

Y probablemente habría llorado por él en el funeral.

Pero el hombre que ahora yacía en el ataúd tenía treinta y siete años y, de hecho, desde hacía mucho tiempo, era un hombre diferente a aquel primo con quien yo había tenido algo en común y al que recordaba.

Sobre todo, le faltaba la mandíbula inferior, que había perdido al chocar contra el asfalto varias decenas de metros tras salir despedido de su moto con la que circulaba sin casco ni ropa de protección, tras superar considerablemente el límite de velocidad permitido y adelantar con cuarta o quinta marcha –no está aún del todo claro, ya que los expertos y los testigos se hallaban divididos en este punto–. Y es que a ambos se les presta mucha más atención de la necesaria, como suele ocurrir con los problemas matemáticos.

Mi primo tampoco tenía el ojo izquierdo. Esto se debió a que había chocado con una barra de refuerzo que sobresalía de un montón de escombros en la carretera, donde finalmente terminó su recorrido. La pila de escombros estaba allí porque se estaban haciendo obras para ampliar la carretera. La carretera se estaba ensanchando para que no se produjeran accidentes como el de la muerte de mi primo, o para que ocurrieran con menos frecuencia.

El ataúd estaba cerrado.

****

La tía Kalina también estuvo en el funeral. Por ella supe cómo había muerto mi primo y cómo estaba en ese momento. Ella era muy habladora, como ya he mencionado, así que ni siquiera la naturaleza de la ceremonia a la que asistía le impidió hablar. Mi tío permaneció callado.

Mi tía en verdad no podía dejar de hablar. Creo que es algún tipo de enfermedad, seguro que tiene su nombre, pero no tengo tiempo de comprobar cuál, y de hecho siempre me olvido de comprobarlo porque no es nada importante. Al menos para mí.

Durante el funeral, mi tía, como era su costumbre, siguió cotorreando. En voz baja, por supuesto, porque era inapropiado hacerlo de otra manera, por más que una tuviera que hacerlo. Y no dejó de hacerlo hasta el final de la ceremonia, con la única diferencia de que después del funeral ya dejó de hablar en voz baja. Que qué tal, que cómo estaban las cosas, que si me iba bien, que qué bien con lo que me iba bien y qué mal, e incluso muy mal, con lo que me iba mal, y que a ella le iba igual que siempre, ya que nada había cambiado, porque ¿por qué iba a cambiar algo? Que seguían viviendo con el tío donde siempre habían vivido, pero que el espacio se volvía cada vez más pequeño, porque había cada vez más libros, lo que suponía una increíble curvatura del espacio-tiempo, donde la línea del eje del tiempo se alargaba constantemente, pero no podía llegar a su fin, y la línea del eje del espacio se encogía, pero no podía desaparecer.

El tío permaneció en silencio todo el tiempo. A mí me caía bien.

****

Hacía poco que habían comprado, me dijo mi tía, una habitación contigua a una vecina, que no necesitaba esa habitación para nada desde que su hijo había muerto o se había retirado en alguna parte, yo no lo recordaba bien, porque tampoco estaba demasiado atento a lo que decía mi tía. De otro modo, imposible.

Habían gastado todos sus ahorros en ello. Sin embargo, el aire puro se redujo, al parecer tres meses después. O en unas semanas. Obviamente nadie lo contó. Lo más importante era que la nueva habitación acabó atiborrada de papel hasta el techo. Un día también pasó que el armario no soportó la presión de los volúmenes del tío y se derrumbó sobre mi tía. Un brazo roto, nada serio. No compraron un nuevo armario. No les alcanzaba el dinero después de la consulta a un médico privado donde mi tío apoquinó a causa de su remordimiento.

Que empezaron a colocar los libros en el suelo, y que ella al fin y al cabo lo amaba. A pesar de que, durante treinta años y en todos los aniversarios, cumpleaños, santos, Hanukkah, Yom Kippur, Día de los Inocentes... o incluso por simple sorpresa, no le había comprado otra cosa sino libros. ¡Si por lo menos los libros que él le había comprado con tanta pasión hubieran sido de su interés…! Sin embargo, aquellos libros solían ser realmente sólo para él, a pesar de

que sí llevaban la dedicatoria: “Para mi querida Kalina. Siempre tuyo, Stefan”. Esto era lo que casi siempre escribía en la primera o última página. A veces dibujaba un corazón. O cierto año le escribió: “Que esta hermosa novela de amor sea la mejor prueba de mi amor”, y luego, con otra pluma, porque al parecer se dio cuenta de que no lo había firmado con su nombre, añadió la tradicional: “Tuyo siempre, Stefan”. Para que no hubiera dudas.

Le pregunté a mi tía, en cierto modo para poder decir finalmente algo yo mismo, y también más por sentido del deber que por verdadera necesidad de saberlo:

– Tía ¿y tú aún no te has cansado de leer todos esos libros?

– ¿Cansado? ¡Qué dices! Yo amo a mi viejo, así que ¿cómo no voy a querer leerlos?

El tío estaba sentado a su lado. Permaneció en silencio.

****

Apenas terminada la conversación con mi tía, dos bancos delante de mí, me fijé en una chica de pelo castaño que acababa de colocarse un mechón detrás de la oreja, una oreja que yo habría reconocido en cualquier sitio.

Aunque no era la de mi mujer.

****

No os mantendré en suspenso. Aquella hermosa oreja pertenecía a alguien con quien yo había engañado a mi mujer. A alguien de quien creo que yo había estado enamorado.

****

No es que mi matrimonio con Ewa no valiera nada. Tenía, naturalmente, sus aspectos buenos. Para ser sinceros, tenía pocos malos. No es que discutiéramos a menudo, porque no solíamos hacerlo, aunque sí había habido discusiones. Hay algo poco sano en las parejas que nunca discuten. Es como si faltara algo en su relación. O sobrara algo. Una de las partes, por ejemplo.

Ewa tenía su propio pasatiempo, uno constante e inmutable, lo cual no podía decirse de mí. El canto. Tanto el clásico como el contemporáneo. Tenía talento, aunque no en exceso. Se había graduado en un conservatorio de segundo nivel e, inevitablemente, también sabía tocar varios instrumentos, incluido el piano, pero aquello nunca le atrajo demasiado. Sin embargo, en ocasiones cogía una guitarra, una mandolina, un ukelele, un teclado o cualquier cosa que estuviera al alcance de sus largos y delgados dedos para brindarse un acompañamiento. No podía contar conmigo para ello. Y no sólo para ello.

Mi fascinación por mi futura esposa surgió de inmediato, en el momento en que nos conocimos. Creo que esta es precisamente la definición de la fascinación.

A veces me he preguntado si en realidad no me había enamorado en serio de ella por culpa de mis propias experiencias con el primer amor que yo había tenido.

En ambos casos, sin embargo, no tenía ni la menor idea. Supongo que era cosa del famoso subconsciente.

El canto, aunque mi mujer le dedicaba mucho tiempo libre, incluso el que podría haberme dedicado a mí, era su sueño no cumplido. No cumplido porque nadie necesita cantantes de talento mediocre o los necesita en número muy limitado.

Así funciona el mercado libre, al que también están sometidos los músicos lo quieran o no.

Yo me confortaba con la mediocridad de su talento, porque ella era lo suficientemente buena para impresionar, pero no tanto como para abrumar.

Así que cantaba para sí misma, para sus amigos, a veces para un pequeño grupo de seguidores que alimentaban los conciertos de sus grupos cada vez más nuevos y más raros, a los que se unía probablemente sólo para dejarlos cuando algo no iba como ella hubiera deseado. Por ejemplo, cuando acudía muy poca gente a un concierto.

¿Estaba yo celoso de los aficionados? No, porque eran pocos y no se diferenciaban de las decenas de admiradores de su belleza con los que tuvo que lidiar durante la mayor parte de su vida. Iban perdiendo su atractivo para ella, así que también iban perdiendo su atractivo para mí.

Pero yo sí estaba celoso de sus nuevos compañeros de las nuevas bandas. Aunque nunca lo suficiente como para mostrárselo. Yo tenía miedo de que eso sólo la provocara. Mi esposa tenía ideas extrañas.

Así que yo mostraba ostensiblemente mi desinterés por sus actividades musicales. Aunque para ella eran muy importantes, ya que gracias a estas ella podía distinguir entre los días y las horas malditas y las dichosas que pasaba en los ensayos o en los conciertos. Los primeros los pasaba en un trabajo objetivamente aburrido y, sobre todo, de escaso interés para ella. Un trabajo lleno de correos electrónicos sin sentido, escritos en números imposibles de definir y cuadros sembrados de cifras que no decían nada, ni siquiera a quienes los rellenaban.

Yo no asistía a los conciertos, no participaba en la vida de las bandas, no conocía personalmente a sus compañeros de música.

Nunca sospeché que me traicionara. Ni siquiera sabía si, en ese caso, me hubiera enfadado con ella. Simplemente, prefería no descubrirla, por si acaso.

Ella misma, aparentemente, tenía una actitud diametralmente opuesta a la mía respecto a estos temas.

¡Vaya dos nos fuimos a juntar!

Traducción: Bogumiła Wyrzykowska i Ester Rabasco Macías